



ESTACIONISTAS DE TRANSICION

Nada de los estacionistas puede desdeñarse en Alcázar y yo menos, que sin serlo, me he criado entre ellos.

Los que aparecen en esta fotografía no son de los primitivos empleados, de grandes bigotes y abundante tizne, son precisamente los hijos de aquellos y los padres de los que ahora se visten en El Corte Inglés, no olvidados, sino ignorados los pantalones y chalecos de pana negra con larga cadena de gruesos eslabones, chaqueta azul, gorra de bisera, y botas de una pieza, cutis impregnado de grasa, del carbon, de humo y de polvo, los ojos brillantes resaltando de los círculos embetunados en las pestañas, las manos aceitadas, siempre con el puñado de algodones entre ellas para coger el regulador sin escurrírseles, el aire de cansera y de adaptación a los balboleos de la máquina y el tracatrac de las unidades.

Predominan en el grupo los 'maquinistas y están tomando un jarrete en casa de Cencerrado el avisador que se había jubilado, que es el primer paso para subirle al cielo, rito al que se ha procurado no faltar nunca ni en la estación ni fuera de ella.

No se ve la lebrilla pero si los juguetes a que eran aficionados los empleados habilidosos y Manuel, el Gordillo, que está en la presidencia, de los que más, como todos sus hermanos. Están de pie, Cencerrado, Alfonso Brunner, Lorenzo Palomares, el mayor del Jaro el Porrero y Pablo Abengózar.

Sentados Gabriel Ortiz, Manuel Monreal el Gordillo, Francisco Rubio y Rufino Villajos, demasiado gordo para sus chichas, aunque también al Galgo le cuelga la papada que no le pega.

Los juguetes que hay sobre la mesa ya se ve que es un molino y una casetta de cambios.

No escaparon mal, porque todavía renguean por ahí algunos.